

El viaje al pasado o de la historia: una perturbación errática

Ana Rodríguez Fischer

VIAJAR AL PASADO, AL SUCESO QUE NO VUELVE O AL PRESENTE DE TODA HISTORIA. RODRÍGUEZ FISCHER ESTUDIA CON ERUDICIÓN LAS VISIONES DISTINTAS DE LA HISTORIA DE AUTORES DE FICCIÓN COMO GALDÓS, CENDRARS, NOOTEBOOM, W. G. SEBALD O FERNÁN CABALLERO.

En un anterior artículo publicado en estas mismas páginas¹ traté de cómo el afán de descubrir y conocer que impulsa a los viajeros en ocasiones se ciñe a una experiencia de índole estética que tiene en la Belleza su meta suprema. Y en otro trabajo² abordé otro aspecto poco tratado cuando se estudia la literatura de viajes: la topofobia como motor o impulso en aquellos viajeros que viajan contra un espacio, impelidos por la imperiosa necesidad de no estar en un lugar. Una negación que al par que al espacio afecta al tiempo.

Mas los viajes pueden ser encuentro y hallazgo de *otros* tiempos que a veces reviven en un mismo espacio, cuando el viaje se convierte en arqueología de la vida. Muchos Ulises tienen esa experiencia, sobre la que teorizó Claudio Magris en su travesía danubiana, tras tener la impresión de ir desgarrando «sutiles paredes invisibles, estratos de realidades diversas todavía presentes

¹ «Imágenes del deseo (o de la belleza como motivo del viaje en los escritores modernos y contemporáneos)», *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 682 (abril de 2007), pp. 15-36.

² «¡Partir, partir...! La topofobia, móvil del viaje», *Revista de Occidente*, nºs 314-315 (julio-agosto de 2007), pp. 117-128.

aunque no aprehensibles a simple vista, rayos infrarrojos o ultravioletas de la historia, imágenes e instantes que ahora ya no pueden impresionar una película pero que existen, que existen al igual que los electrones inalcanzables por la experiencia sensible». Y entonces el viajero se pregunta:

No sé si algún escritor de ciencia ficción ha inventado una cámara fotográfica espacio-temporal capaz de reproducir, incluso con ampliaciones sucesivas, todo lo que durante siglos y milenios ha existido en esa porción de espacio encuadrada en el objetivo. Al igual que las ruinas de Troya con los estratos de las nueve ciudades o una formación calcárea, cualquier fragmento de realidad necesita de un arqueólogo o geólogo que lo descifre, y puede que la literatura no sea más que esta arqueología de la vida. Lo cierto es que un pobre viajero tridimensional cualquiera se siente turbado ante las bromas de la cuarta dimensión –incluso si el viaje es cuadri-(o pluri-) dimensional por excelencia- y vacila en situarse entre tantas aserciones contrarias y no contradictorias.

Galdós, en parte, había *obrado* así en *Toledo*, texto escrito hacia 1891 y en el que el narrador busca el adecuado punto de vista que sirva a los peculiares propósitos que persigue: una perspectiva imaginaria desde la que penetrar en el dédalo inextricable de las callejas amoriscadas cuya visión frontal o plana no soporta. Por un momento, ante aquellas líneas, el lector piensa que Galdós va a realizar una operación similar a la de Canaletto con Venecia: «Si fuera posible elevarse a mayor altura que la del Alcázar, se abarcaría de un golpe de vista el panorama monumental, y sería fácil metodizar la relación que vamos a hacer. Suponiéndonos con el lector en esa altura imaginaria, veríamos...». Y acto seguido procede a enumerar los puntos descollantes de Toledo en un ejercicio que aspira a revivir la historia y la leyenda de la ciudad para *ver* su vida. ¿Como podía hacerse en Pompeya? Creo que sí. Allí, durante su visita de 1889 le había impresionado vivamente la visión de *la ciudad destapada*: «Los techos de todos los edificios han desaparecido casi totalmente. Es una ciudad, por decirlo así, destapada. Parece que algún demonio le ha levantado de una vez y en un solo movimiento todos los techos, a fin de que se vea bien lo que dentro hay». En Pompeya, Galdós se limita a consignar sus impresiones, pero otro viajero nos explicó por qué allí se siente así. En «Pompeya para una travesía solitaria», Rafael Argullol expone

cómo, a diferencia de las grandes ruinas arqueológicas –«cuya contemplación suele despertar un choque violento por el que se hace evidente la abrupta ruptura del tiempo»–, Pompeya permite distorsionar los planos cronológicos: «El pasado –el supuesto pasado que el visitante ha exigido a su evocación– se ha hecho presente y, en cierto modo, palpable. El orden de Pompeya, antes ajeno y turbador, va volviéndose familiar, íntimo. [...] Y así recorrerá las casas pompeyanas con la convicción de penetrar en las claves más ocultas del lugar. [...] la posibilidad de «rehabitar» las casas, como sucede en Pompeya, le produce un efecto de aproximación», base para ese entrecruzamiento de tiempos, donde la ciudad presente brota de la urbe antigua: «una ciudad inacabada para siempre, pues siempre se encarnará en nuevas ciudades, en nuevas máscaras con las que fascinar y confundir a sus contempladores».

Tras su visita a Pompeya, Galdós será en Toledo un nuevo Diablo Cojuelo que arranque, ya no los tejados, sino edificios enteros, en una progresiva tarea decapante que permite ver las edades del hombre y de la historia y la leyenda que yacen bajo los edificios.

Se han clasificado los monumentos por categorías, según su mérito artístico o histórico. Mas lo que conviene es establecer una división, adoptando un sistema que llamaremos si se nos lo permite, «de capas arquitectónicas» para expresar las justas posiciones de las distintas épocas que se han superpuesto o se han reemplazado unas a otras. Para esto es preciso hacer inducciones dificultosas, restableciendo lo que no existe, con gran peligro de que la imaginación se entregue a sus naturales extravíos. Pero no importa: lejos de evitarlo, emplearemos alternativamente la Historia y la leyenda, imposible de separar, tratándose de cosas viejas.

La leyenda sí entrará en su paseo histórico por Toledo. Y el arte y la literatura, pero no la erudición ni las «declamaciones de ciertos escritores antiguos» que le parecen «pedantería propia del siglo XVIII, el siglo de las hipérbolas y de las cultas tonterías». Y procederá a hablar de una manera vivísima e imaginativa de la Toledo visigoda, árabe, gótico-medieval y renacentista, en una sucesión de restauraciones histórico-legendarias que parten de la concepción del espacio como un crisol de tiempo y vidas. La pers-